

que se diera Vamos a ver, ¿de qué
más tarde a Oñati, ¿de qué no diera más
Adelaida.

Damiana.

maldado. ¡Cómo ha de haber nada allí arriba!
seguramente que el cielo está vacío. Allí arriba sin ese
Si voy creyendo que dejo razón ese maldado a

Adelaida.

Ahora, Adelaida, ahora empieza usted a derramar.

Damiana.

arrejasa.
Cada uno la carga es insufrible, bien hace el que la
vida, y da la vida en su sacristía, que nadie la
vive más grande! Casado! Si uno llega a querer la
edad que por grande que sea, no puede ser cosa,
desdicha que yo ser más desventurada? Conque no hay
piedad yo ser más desventurada? Casado! Conque si a
(que me trae de mi querida, y querida) Casado! Conque si a
Pero—Dios me valga!—que casado ese hombre

Adelaida.

Sé casé en América, y allí abandoné a su mujer.

Damiana.

No dice usted eso, verá que esta noche me asalta un
de pronto más dolor.

Adelaida.

Adelaida (con apuro). Domine uised an agitacion!

Damiana.

es casado; Damián, ¿dijo vezed eso?
en la otra de relaciones, a su amistad, ¿dice usted que
es. (Hablando rápidamente con voz agitada) Creo que si una
podré muchas veces que ese hombre no podrá casar.
Mi padre tiene de turbación y angustia, me ha de ser
Adelaida.

187 OBRAS DE DON MANUEL TAPIA Y RIBAS.

DAMIÁN.

Arranque usted ese ponzoñoso amor de su pecho.

ADELAIDA.

Creo en la fatalidad; en la fatalidad solamente;

que como aburrida en suerte cavilación.

DAMIÁN.

Se castiga al ladrón que roba dinero, y se deja en
paz al ladrón que arrebata á un alma la fe.

ADELAIDA.

Dicen que soy hermosa (Como hablaba contra mí);
dicen que no hay mujer más elegante que yo; en
París me toman por francesa; por inglesa, en Londres;
por italiana, en Roma; el más hábil y alentado
jinetes muy rara vez conseguirá dejarme atrás en la
carrera; si toco el piano, cause entusiasmo verdadero;
conozco libros de todas épocas y naciones; mi dote
puede dar envidia á la hija de un príncipe. ¡Cómo yo
hablaba de admirarme, cómo no me hablaron de amar
los hombres! Muchos me amaron. A ninguno amé yo.
El que no me parecía niño, parecía viejo; desdenaba
al humilde, irritábame contra el poderoso; amante
grave y circunspecto ó vehementemente y volcánico, por
igual me hacían reír. Mi burla, más que el activo en-
embo de sus adversarios políticos, fue parte a des-
acreditar y hundir á un hombre de mérito que tuvo
en la cumbre del poder la flaqueza de aspirar á mi
mano. Quiso ser un pintor que amenazaba robar lan-
tuales á Murillo, y llevó mi burla primero su inspira-
ción, después la sangre de sus venas. Me obligó unos
días su rostro; fue luego pábulo á mi orgullo. Las
muchachas amigas mías, empleadas constantemente
en fiestas devorantes, que contemplaban con asombro;
yo á ellas con lástima. Todo el mundo me llamó la

linda, no sea usted maliciosa hija, señor Díaz.
Adelaida El padre es el que ha de juzgar si se
conoce á ese hombre y lo responde el señor Díaz.

DAMIANA.

Conocía á ese hombre y lo responde el señor Díaz.

DAMIANA.

Perdona era usted su hija y la amaba con
DAMIANA.

No puso digo á mis males heredados; no corrige
ADELAIDA.

Perdona á toda costa quería aumentar los males de
DAMIANA.

Me abandonó para hacer viles de años entonces.

ADELAIDA.

La más brillante educación.
Y por que? Porque amaba que su hija celebrase
DAMIANA.

centenarios.

Mi madre! No la conocí apenas. Oh, si ella me
memoria de su madre. ¡Volverá usted en su P. Por la

memoria de su madre. ¡Volverá usted en su P. Por la
memoria de su madre. Usó pose sobre él que en el mundo; su
memoria! Unicamente con el rostro de la señora Alba.

una vida entera se hace la tiza, soon que los ojos podrán
ver. El momento que basa á que en las tablas de
tarde. El momento que basa á que en las tablas de

Dosis que para volver á él no tiene nunca
DAMIANA.

188 OBRAS DE DON MANUEL TAPIA Y RIBAS.

LOS HOMBRES DE BIEN.

499

llana de piedra. Acabóse en mí de este modo esa edad
de las ilusiones que se cree dulce y halagüeña; llegó
á la edad de la fría razón; cumplí veinticinco años sin
que mi corazón hubiese dado un latido sólo de
amor.... Fues mire usted para quién se guardaba el
ensantado. (Impresionante son abriga fría.) Para ese hom-
bre se guardaba: para quien había de cubrirle de
luto y de vergüenza. Desprecio al más rico, al más
ilustre, al más hidalgoy bueno; detesto á quien me
adora, y—yéalo usted—al único digno de implacable
odio y desprecio, á ese amo; adoro á quien, al soli-
citar mi cariño no siendo libre, me hace la injusticia
más atroz que nunca pudo hacerse á una mujer hon-
rada. Si esto no es fatalidad, ¿qué es? Dígalo usted,
Damián. Quiero saber qué es esto. ¡Oh! Si, no hay
duda; por fin logró llorar. (Pasando una mano por los ojos.)
Llanto de fuego; pero llanto. ¡Ay Damián, qué des-
dichada soy!

Tempieste á llorar con la mayor angustia y apoyando la cabeza en el hombro de Damián.

DAMIANA.

Si, muy desdichada. ¡Fatalidad! Tío. Fruto de la
soberbia es la desgracia y la ignomina que usted llora.
De la soberbia, Adelaida, que parece que le hace á
uno subir, por el afán y las angustias con que se hace
bajar. La humildad al revés: con ella parece que bu-
lamos cuando vamos subiendo. Sea usted humilde, y
podrá salir del abismo en que se ve ahora herida;
soberbia, todavía puede usted hundirse más en el
abismo. Una grande ignomina origíñase fácilmente de
una gran vanidad.

ADELAIDA.

Ya es tarde; ya no hay salvación para mí.

